

SIEMPRE CHARLOT

Las reparaciones triunfales del "vagabundo patético"

La llegada de cada comedia de Charlie Chaplin, es un acontecimiento de gran importancia.

Nadie, empero, puede acusar a Chaplin, de haber llenado los mercados con sus producciones, no ha tomado nunca parte en el ridículo esfuerzo de sobreproducción que ha sido uno de los principales azotes de la cinematografía. Realmente Charlie Chaplin no ha producido más que tres comedias en seis años: «El peregrino», en 1923; «La quimera del oro», en 1925 y ahora «El Circo», en 1928. Y para todos aquellos que reverencian el arte de Charlie Chaplin (y que son bastantes numerosos entre nosotros) esto es un número de producciones espantosamente insuficiente.

Pero no hay fuerza en el mundo que sea capaz de apresurar a Charlie Chaplin cuando a él se le ocurre no tener prisa, no presta atención a los fervientes deseos de todos los que comprenden el dinero que Chaplin les proporcionaría si hiciera más películas. El es el amo, su productor, al mismo tiempo que su propio autor, director, empezando y terminando los films a su absoluta voluntad.

Hay cierta tendencia entre cierto público a sentirse un tanto impaciente opinando que Charlie Chaplin está perdiendo la época que mejor podría dedicar a nuestro entretenimiento. A cada nueva producción de Harold Lloyd, Buster Keaton o Harry Langdon, el público se apresura a exclamar: ¡El rey de la Comedia ha muerto! ¡Larga vida al rey!

Y sin embargo, el portador del destrozado hongo, dirige algún tanto las tormentas de la desaprobación, sobreviviendo a las periódicas ondas de escándalo que surgen entre las páginas de la Prensa. Pero en el momento en que parece que ha llegado a ser solo un recuerdo, se materializa y recupera su trono vacante. El decir que «El Circo» es otro éxito de Charlie Chaplin, es declarar algo por demás sabido, en mi concepto el mayor triunfo de su carrera ha sido éste. Parece que establece el hecho —todavía no bien definido— de que él es el único gran genio del drama silencioso, el único en quien están combinados todos los talentos esenciales para la creación de un trabajo de arte en la pantalla.

«El Circo» demuestra a Charlie Chaplin en su rol usual de absurdo e interesantemente patético vagabundo, que se siente arrastrado por el torbellino de los acontecimientos, hasta que se abandona completamente en brazos de lo desconocido. Esta metáfora parece altamente poética, lo confieso, pero es imposible tratar de hacer una crítica sobre una película de Chaplin sin sentirse lírico.

El argumento de la película es lo que tiene menor importancia en ella. Baste decir que Chaplin, evadiéndose de la policía como de costumbre, entra en un circo e inadvertidamente toma parte en la representación. Tan fuertes son las carcajadas del público, provocadas por su imprevista aparición, que el astuto director lo contrata como ayudante de tramoyista, sin que el pequeño vagabundo se percate de que es su rara personalidad la que levanta tan sonoras carcajadas.

Para mostrar cuán completamente Charlie Chaplin, ha revertido el tipo, me limitaré a mencionar una escena extremadamente cómica con un niño, y otra sobre la cuerda floja cuando los monos se encaraman sobre él y le muerden la nariz.

Puede ser que yo esté demasiado entusiasmado con Charlie Chaplin, pero el caso es que lo considero el artista más gloriosamente cómico, y el ejemplo más completo y satisfactorio de atracción cómica que he encontrado.



RICARDO CORTEZ



BEBÉ DANIELS

CULTURA FISICA FEMENINA

Lo que úice Bebé Daniels

He aquí lo que ha dicho Bebé Daniels—en una entrevista a que recientemente la han sometido—con relación a la cultura física de la mujer:

«La mayor parte de las películas que interpreté el año pasado fueron de carácter atlético, es decir, de las que exigen un gran despliegue de agilidad y relativa fuerza. No me extraña, pues, haber recibido el número traña, pues, haber recibido el número nos preguntándome qué sistema empleaba para conservarme en perfecto estado de salud.

«La mayor parte de las preguntas se refieren a mis actividades atléticas durante los períodos de descanso, ya que es cosa sabida que mientras se está impresionando una película, los actores deben someterse a un entrenamiento similar al de los atletas profesionales en cualquier rama de los deportes.

«Yo opino que un buen descanso, para las personas que llevan una vida muy activa, es sumamente beneficioso para la salud, por tanto, cuando no estoy ocupada en la interpretación de alguna película, reduzco los ejercicios físicos a un mínimo. Sin embargo, durante el verano, que generalmente paso en alguna playa, me dedico con entusiasmo a la natación, que es uno de mis deportes favoritos.

«Mis observaciones respecto a cultura física me han llevado a la conclusión de que los ejercicios ligeros, siempre que se practiquen con regularidad, son los más beneficiosos para la salud de una mujer. Con dedicarle diez minutos por día, por la mañana al levantarse y por la noche antes de acostarse, se pueden obtener resultados increíbles.

«La calistenia, es decir, la gimnasia de movimientos acompañados, que tanto se practica en las escuelas modernas, es la forma más apropiada y la que yo practico de preferencia a cualquier otra. Dos sesiones de diez minutos al día, en una habitación bien ventilada, son suficientes para mantener a cualquier persona en perfecto estado de salud.»

VARIAS NOTAS DE HOLLYWOOD

De los estudios, de las pantallas y... de los espectadores

En Hawaii se ha organizado una compañía productora de películas, que está buscando elementos artísticos en Hollywood para comenzar sus trabajos de producción. La primera artista contratada ha sido Alberta Vaughn, quien saldrá en breve para Honolulu en compañía de su mamá. Probablemente los hawaianos se hallan, respecto del cine, en condiciones semejantes a las de otros pueblos: desfigurados por las películas de Hollywood; y abrigarán el noble propósito de filmar alguna obra más o menos realista que muestre al mundo lo que realmente es Hawaii. Probables consecuencias: primera, que los norteamericanos, en general, no creerán en tal realismo, porque tienen más fe en la ficción hollywoodense que en la verdad de cualquier otro lugar; y segunda, que los que lo crean perderán las ganas que tuvieran de ir allá, porque no les parecerá aquello suficientemente pintoresco.

ponemos que sea porque otros instrumentos resultan demasiado baratos para artistas que ganan tan subidos sueldos.

Corinne Griffith, después de muchos dimes y diretes, no sólo se separa de Artistas Asociados, sino que renuncia también, muy cuerdamente, a la idea de organizar nueva empresa productora. Prefiere regresar al seno de la First National, en cuyos Estudios desempeñó los papeles que le dieron más renombre. Según el contrato que acaba de firmar, hará ocho películas para dicha Empresa, la primera de las cuales será «La divina lady»—relativa a la famosa lady Hamilton—que no hay que confundir con «La divina mujer»—referente a Sarah Bernhardt—que está filmando Greta Garbo.

El escenógrafo español Amalio Fernández, que lleva algunos años en Cinelandia, falleció el día 23 de enero, a las nueve de la noche, en el Hospital de la Reina de los Angeles, después de un año de estar sufriendo los efectos destructivos de un cáncer en los pulmones. Le acompañaron hasta sus últimos momentos algunos amigos que durante su larga enfermedad procuraron que no le faltase nada ni material ni espiritualmente.

Entre ellos merecen especial mención el señor G. Sauberlich y esposa, que hicieron las veces de hijos en la terrible racha porque atravesó el artista en la etapa final de su vida; el doctor Donald Rose, que le prestó gratuitamente servicios médicos y quirúrgicos durante un año; el comerciante Benjamín Schwab, que le facilitó dinero en numerosas ocasiones; algunos compañeros artistas, que trabajaron con Amalio en la Paramount; y el ingeniero Mauricio N. Morales, que le sirvió como de secretario voluntario en los últimos tiempos. Los gastos de funeral y entierro, fueron costeados por Sauberlich, de la Paramount, Antonio Moreno e Irvin Willat (esposo de Billie Dove).

Tom Mix ha anunciado que al terminarse su contrato con la Fox se irá a la Argentina a hacer películas para la Hollywood-Argentina Cinema Company, empresa que representan Fred Kley en Hollywood y James S. Douglass en Buenos Aires. Según parece, Mix ha firmado contrato por dos años y se embarcará rumbo a la gran capital suramericana el día 10 de junio. Con él, por supuesto, irá su caballo y compañero Tony.

Tom Mix es el pelicularo más popular en los Estados Unidos, y el que gana mayor salario. Parece, pues, increíble que pueda irse a trabajar a otro país. Acaso sea todo ello una treta para conseguir en Hollywood lo que desea. Recientemente se ha puesto de moda el que los artistas que se queden sin contrato anuncien que se van a trabajar a Inglaterra. Tom Mix prefiere decir: a Buenos Aires. Por variar.

Lady Georgina Sholto-Douglas viene a Hollywood con la ambición de incorporar a Cleopatra en la pantalla. Además de su título, de su juventud y de su hermosura, es heredera de unos 40 millones de pesos y tiene los pies más pequeños de Europa. Si quisiera, pues, podría representar a Cleopatra lo mismo en la vida privada que en la pública sin necesidad de venir a Hollywood. Con 40.000.000 pesos se puede hacer y vivir muchas películas a cualquier clase que sean. Y para dar un mal paso no importa que sean diminutos los pies.

El humorista, vaquero y pelicularo Will Rogers, anuncia que piensa hacer una excursión por Suramérica tan pronto como se lo permitan sus negocios, lo cual espera él que sea en este mismo año.

Irá a Panamá, Perú, Chile, Argentina y Brasil. No es la primera vez que emprende ese viaje. Dice que en una ocasión estuvo trabajando como vaquero en un rancho de San Cristóbal, de la provincia de Santa Fe, República Argentina.

El día 20 de enero Pola Negri, Emil Jannings y Ernst Lubitsch, se reunieron en los Estudios de la Paramount para celebrar el décimo aniversario del comienzo de la película «Pasión», en los Estudios de Berlín en que los tres colaboraban a la sazón. La fama que todos ellos conquistaron con esa película fué la causa directa o indirecta de que vinieran a verse los tres en los Estudios de Hollywood.

Evelyn Egan, aquella joven artista de los Estudios Christie, que por un desengaño amoroso perdió la cabeza y sufrió un accidente en que perdió un ojo y destrozó su cara, tiene probabilidades de volver a figurar en la pantalla. Un cirujano acaba de reconstituirle la nariz, y seguirá componiéndole la cara. Otro le pondrá el ojo que le falta. Y ambos confían en que dejarán a la desdichada artista en condiciones de recuperar el puesto que se había conquistado en Cinelandia.

"Lo que yo he visto en América"

Por Paulette Duval

Sería ridículo y me acreditaría de fatua, cosas ambas en las que no quiero incurrir, si dijera que fui a América libre de prejuicios, sin ninguna aprensión. Por el contrario, pesaba sobre mí una idea que no me dejaba vivir: la de que yo no iba a revolucionar nada, ni nada nuevo descubriría.

Y no es poque no tuviera confianza en mí, no. Yo siempre he visto las cosas a través de un prisma color rosa. La confianza es uno de los elementos de éxito absolutamente necesaria a los artistas, y he hecho todo lo posible por vencer los temores y pesadillas inútiles; pero razono mucho y esto a veces es más bien un defecto que una virtud.

Es verdad que yo iba contratada a Ziegfeld Follies, el gran music-hay neoyorkino, y este contrato bastaba por sí solo para crear a mi alrededor cierta atmósfera y una famosa aureola de publicidad; pero sabía por los artistas célebres que me habían precedido, que no podía esperar los mismos efectos artísticos que en Europa, puesto que allí, el público no tiene la misma sensibilidad que nuestro público.

Yo era francesa, y llevaba a América una modalidad nueva, una manera de ver y sentir las cosas extrañas a aquellos públicos, y como es lógico, con este equipaje podía perfectamen-



RAQUEL MELLER

te estrellarme. Después de todo, no hubiera sido yo la primera a la que hubiera ocurrido semejante contratiempo.

Una cosa de la que estaba completamente segura, puesto que al dirigirme al otro lado del Atlántico lo hice mediante contrato, era, de que iba a «hacer dner». Y esta certeza sólo es la que me dió valor para abandonar París, mis amigos y todo lo que me era familiar y amaba.

En Francia, en la época a que me refero, es decir, durante el período de la post-guerra, bajo el punto de vista material, la carrera teatral era verdaderamente imposible.

Se ganaban sueldos exigüos, insuficientes para vivir y demasiado grandes para morirte lindamente de hambre; era aquélla una existencia espantosa para una mujer decidida a vivir de sus medios y a no contar más que con su trabajo. En el transcurso de cinco años, se ha adelantado mucho: aquí vuelvo a encontrar ahora mujeres que tienen verdaderos sueldos que les permiten vivir honestamente de su arte, lo que no era posible en aquellos heroicos tiempos a que hago referencia.

He aquí los motivos que me indujeron a embarcarme para el Nuevo Mundo.

Fui llamada por cable, y es una cosa bien reconfortante tener un telegrama de este género en el bolsillo. Pero estaba sola y esto era lo que más me entristecía; es una cosa horrible, angustiada, sentirse lanzada

como pasto o cebo a una cosa tan grande como América, y «esta gran máquina de complicados resortes puritanos, por más automatismo que tenga», como dice Paul Morand, era una cosa muy seria para mí, por su misma grandeza, y me daba un miedo sin precedentes.

Este miedo se me fué quitando paulatinamente durante el viaje, al avanzar del buque que me conducía; pero he de declarar con sinceridad que el momento más terrible para mí fué la llegada al puerto de Nueva York ¡Qué ruido y qué movimiento, Dios mío!

¡Cuán gente! Yo me preguntaba con angustia qué era lo que iba a hacer allá dentro, en la gran urbe, mi pobre y sincera persona.

Felizmente, me aguardaba mi empresario; mas lo que al pronto creí una suerte, fué más bien una desgracia.

No era un hombre amable, sino todo lo contrario: brusco, seco, incisivo, con una rigidez ridículamente afectada, me sentía en su presencia empujé, y, ¿por qué no decirlo?, como humillada. Quedé completamente desencantada, y, lo que era peor, sin nadie a mi alrededor que fuera capaz de reconfortarme.

Y a todo esto, para ayadar más aci-



GLORIA SWANSON



C. CHASE

bar a mi amarga situación, isin hablar inglés!

Esto era verdaderamente catastrófico. ¡Era como si llegara completamente muda a un país de sordos!

¡Benditos, mil veces, los padres que enseñan a sus hijos lenguas extranjeras! Es preciso pasar lo que yo he pasado para saber lo que ignorarlas significa.

Yo creo que la misma imposibilidad de hacerme entender fué la causante, en un principio, de la gran depresión que experimenté y que me hacía ver las cosas de un color tan negro.

Al cabo de algún tiempo tuve la alegría más grande de mi vida, al encontrar algunos franceses, como el célebre bailarín Robert Quinault, por ejemplo, que actuaba en la misma compañía que yo.

Mistinguett y Delysia, estaban igualmente en Nueva York en aquella fecha.

Desde entonces empecé a ver América con ojos menos desesperados y comencé mi optimismo; es decir, empezaba a seducirme todo aquello.

La ciudad es grandiosa y magnífica, sobre todo para los asombrados ojos de los europeos, desacostumbrados a ver edificios de aquella enorme talla. Parece como si al entrar allí nos arrojaran a un mundo completamente nuevo. Por la tarde, esta ciudad llega a aturdir a uno con sus millares de señales y anuncios luminosos. Aquello es una orgía de luz que constituye la fiesta más atrayente para la vista. Los hoteles son de una comodidad y un confort perfectos; tan grandes y con una tal afluencia de viajeros que, sin quererlo, uno se siente completamente perdido. No es posible que con tanta agitación pueda establecerse una corriente de intimidad entre los habitantes. Empero la vida es lujosa y magnífica.

Quieras que no, de bueno o mal grado, y gracias a los amigos franceses que tenía, empecé a acostumbrarme y a encontrar algo más dulce mi destierro cuando en el mes de septiembre, la revista para la que fui contratada, empezó los ensayos.

La troupe, directores, metteurs en scène, y todo el personal eran americanos, y yo continuaba sin saber el inglés, si se exceptúan cuatro frases corrientes para pedir de comer y beber.

Aquella especie de aprendizaje fué durísima; nunca la olvidaré.

En octubre la revista fué presentada al público.

Todo fué mejor de lo que yo misma esperaba, lo que originó que adquiriera un valor que antes no tenía.

Debía permanecer en el teatro toda la tarde bailando en diferentes cuadros. Afortunadamente los camerinos de los artistas eran, como en todos los teatros americanos, más que confortables, verdaderamente elegantes: no faltaba nada en ellos: un ascensor nos conducía del camerino al escenario, la calefacción era admirable, las mujeres encargadas de vestirnos negras en su mayoría, muy serviciales.

Yo que ejecutaba danzas españolas y gitanas, y una danz de mucha fan-

tasía de un cuadro cuyos trajes y decorados habían sido dibujados por Esté, y las danzas dirigidas y arregladas por Quinauld.

Luego, una danza de la época de Luis XV en un cuadro de Ben - Ali - Haggin, fué la que me valió el contrato de la Paramount, para rodar «Monsieur Beaucaire».

Ben - Ali - Haggin es un gran artista especializado en la presentación de cuadros espectaculares para music-hall. Es muy célebre en América, gracias a su exquisito gusto y a las soberbias iluminaciones y efectos de luz que tan acertadamente combina. La belleza más grande de los cuadros que compone, es debida a estos efectos de luz que revelan un verdadero genio y también a los colores empleados en trajes y decorado: colores y trajes de una audacia soberana que solamente el ojo de un buen pintor es capaz de inventar.

No se estrena ni una sola revista en Ziegfeld de Nueva York que no lleve, por lo menos, un cuadro de Ben

Ali Haggins, recibiendo por cada una de sus geniales creaciones, además de ruidosos éxitos, sumas enormes. Si viniera por Europa, estoy segurísima que tendría tanto éxito, como tuvieron los creadores de los bailes rusos.

Pero América la ha adaptado y la adopción de aquel país le quita a uno el gusto de probar otra cosa, por razones fáciles de adivinar.

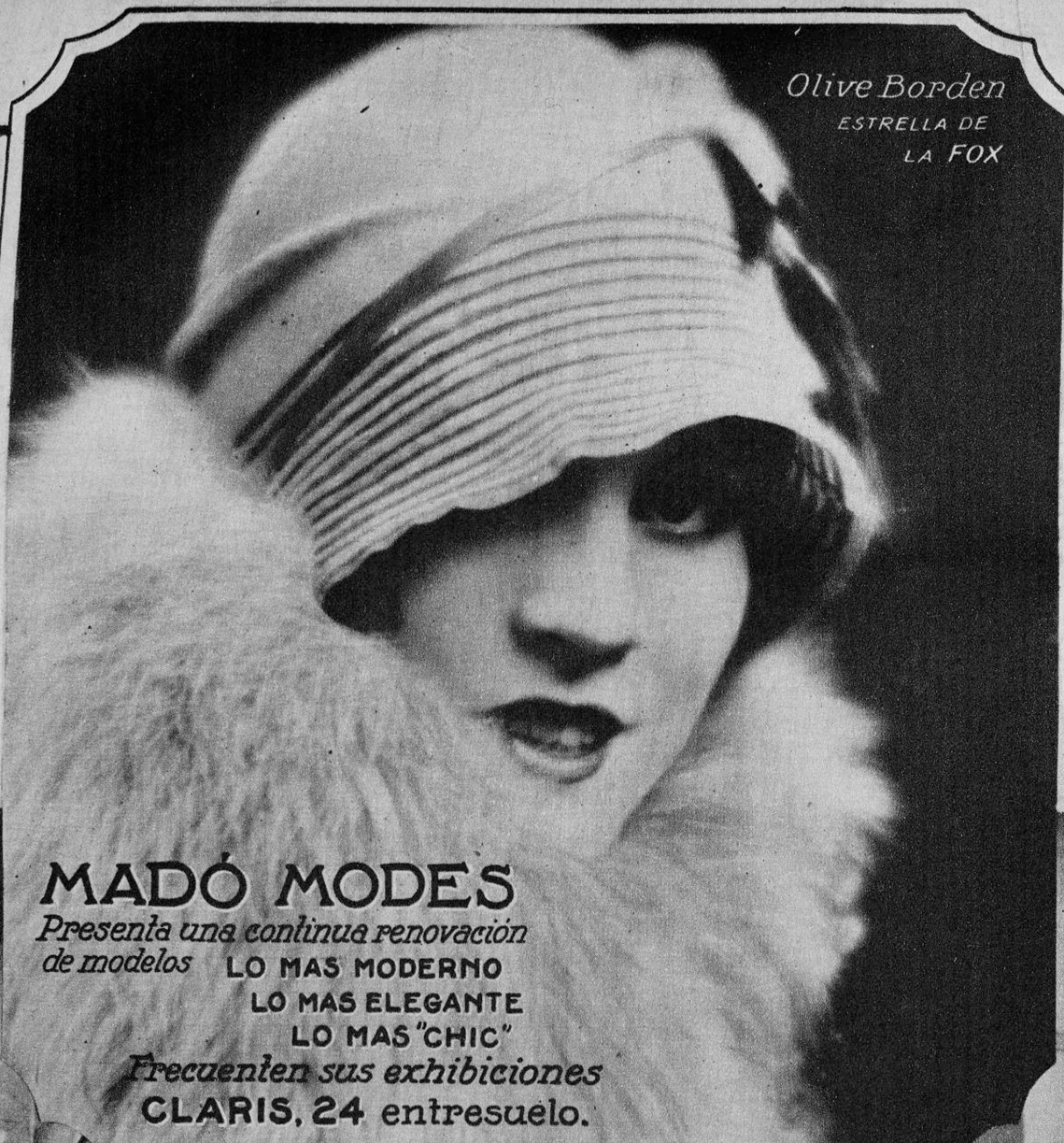
De esta revista arranca mi suerte, al ser escogida por Sydney Olcott para desempeñar uno de los principales papeles, al lado de Valentino, en «Monsieur Beaucaire», y éste fué mi primer contacto con el cine americano, que yo tan ardentemente deseaba establecer.

Vivía muy cerca del teatro, pero tenía una amiga francesa, con la que comía casi todos los días, que vivía bastante lejos, lo que me obligaba, para volver a mi domicilio, a atravesar todo Broadway.

Y fué en Broadway donde yo tuve mi primer contacto directo con el alma americana...



LIONEL BARRYMORE

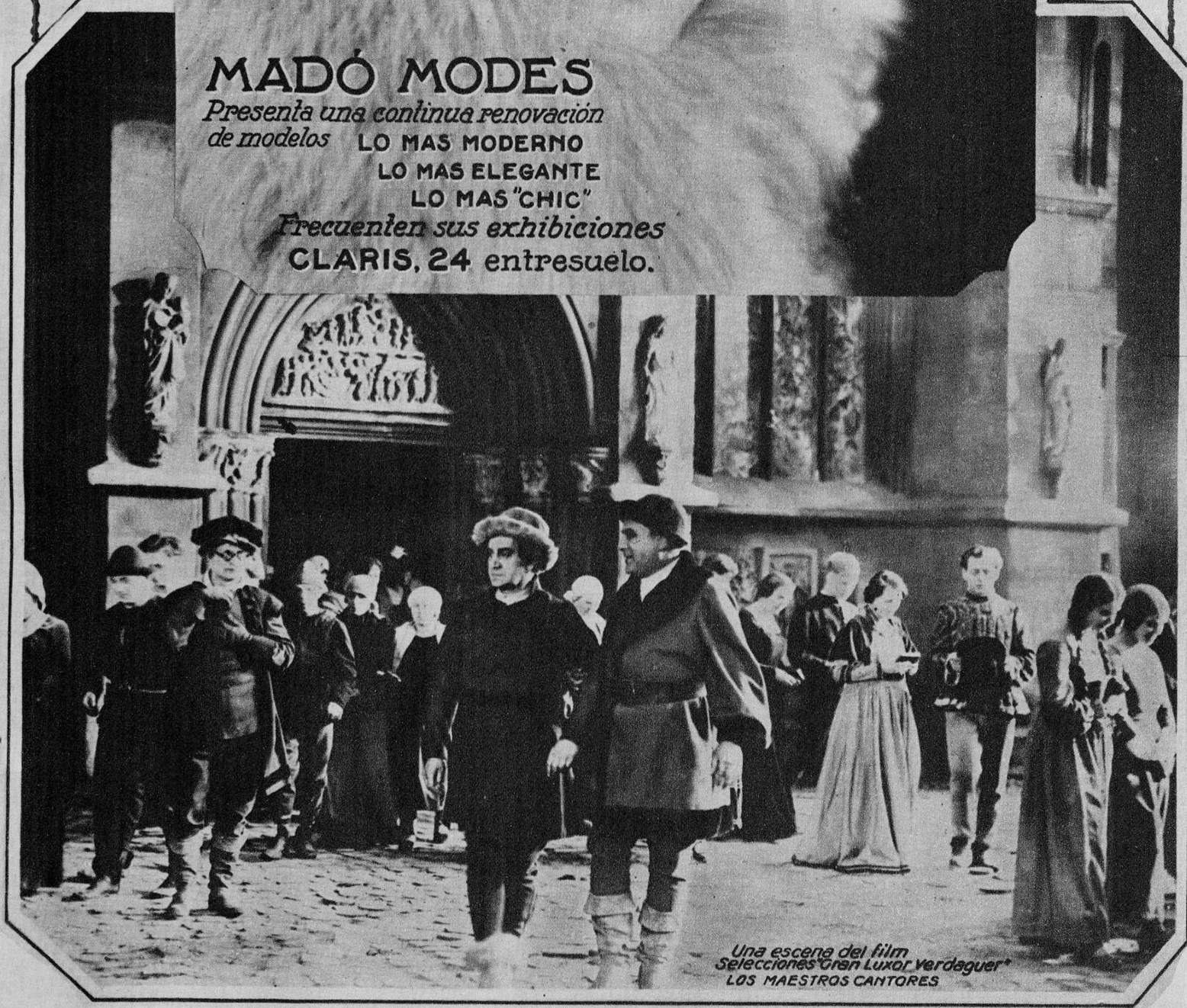


Olive Borden
ESTRELLA DE
LA FOX

MADÓ MODES

Presenta una continua renovación
de modelos LO MAS MODERNO
LO MAS ELEGANTE
LO MAS "CHIC"

Frecuenten sus exhibiciones
CLARIS, 24 entresuelo.



Una escena del film
Selecciones "Gran Luxor Verdaguer"
LOS MAESTROS CANTORES

núm
63

JUEVES

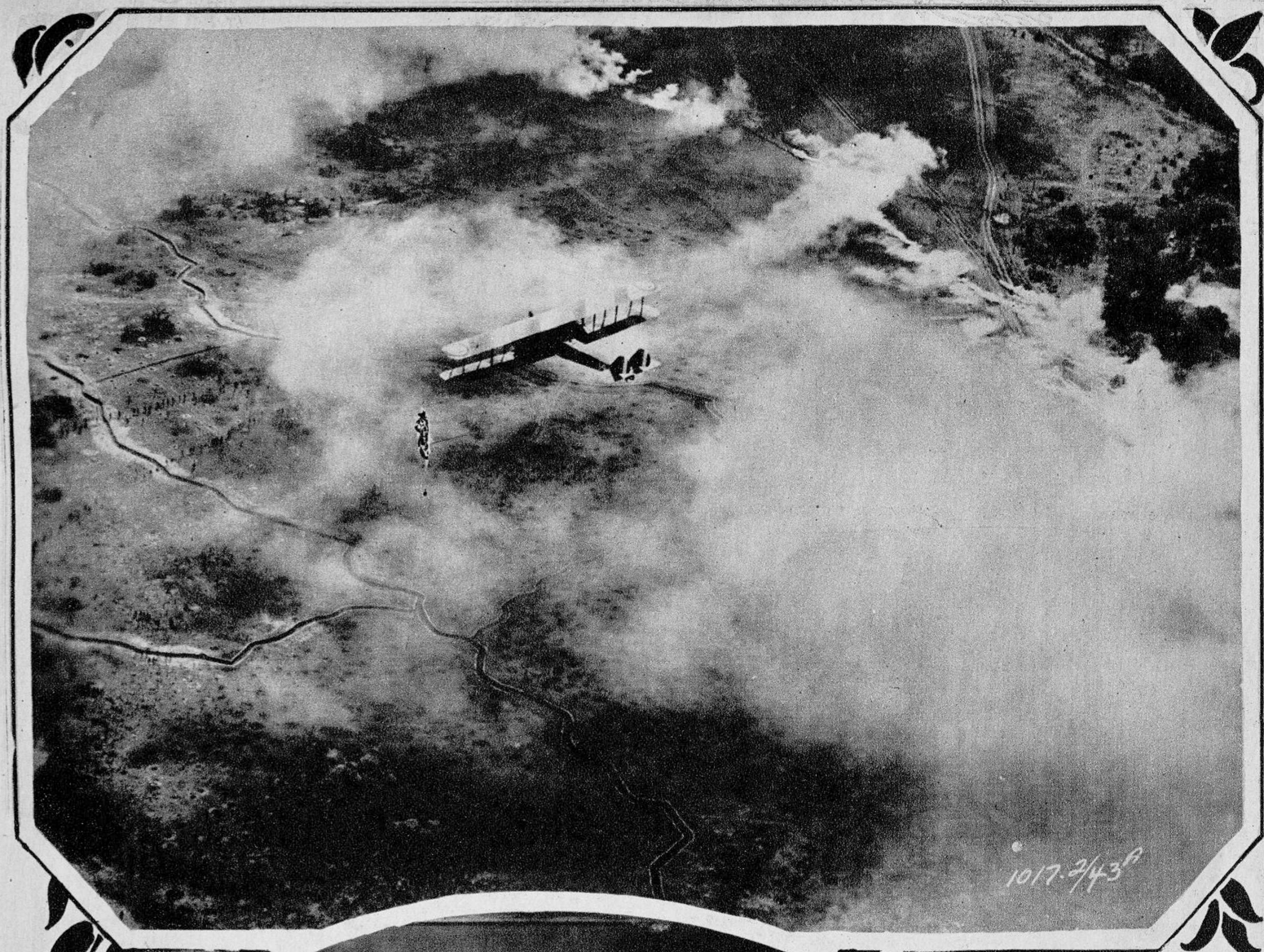
CINEMATOGRAFICOS

mayo
17
1928

El Día Gratuito

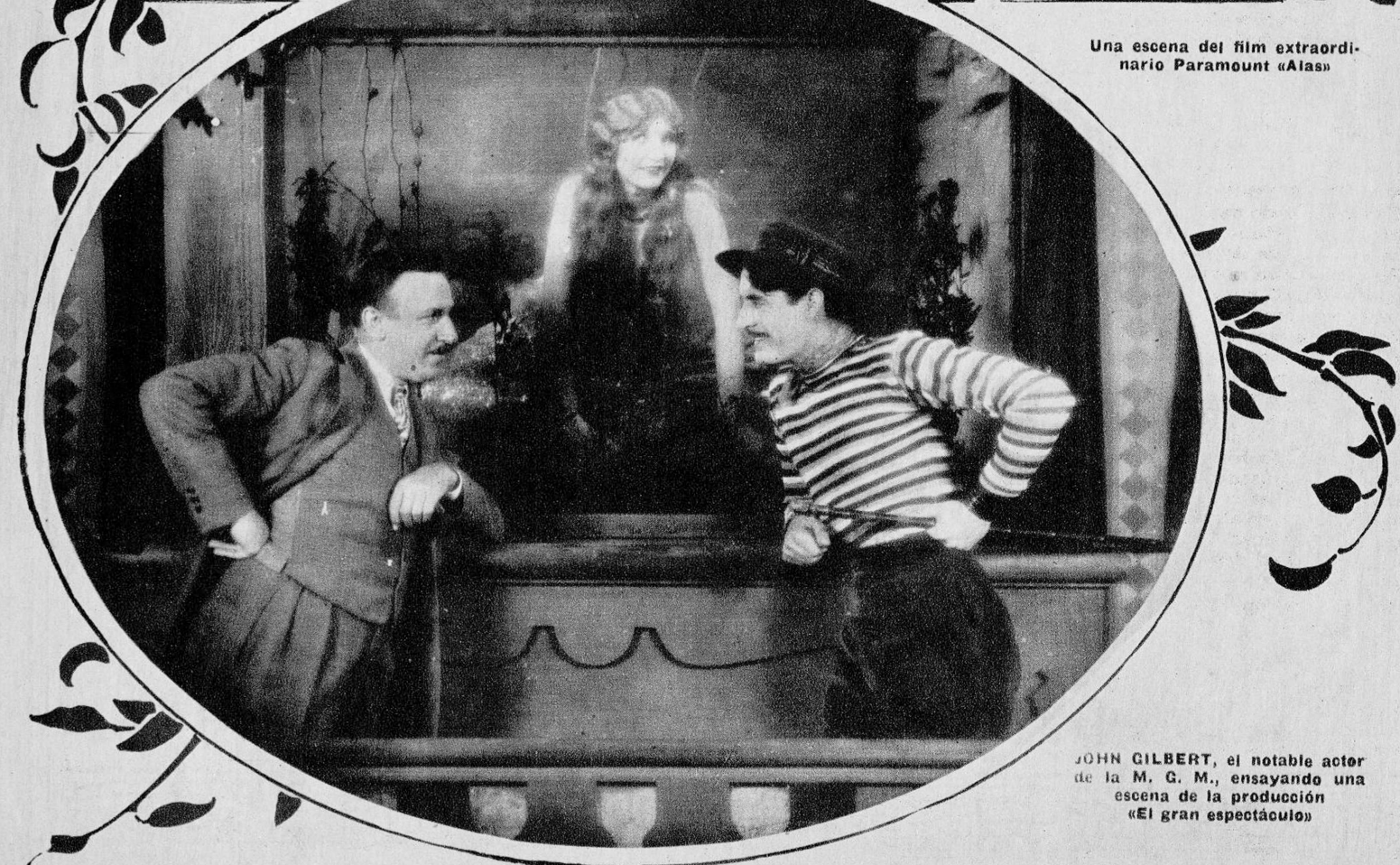


Una escena de la superproducción gigante
Fox, EL PRINCIPE FAZIL, de la que los
artistas Charles Farrelle y Greta Nissen son
los principales intérpretes



1017-2/43

Una escena del film extraordinario Paramount «Alas»



JOHN GILBERT, el notable actor de la M. G. M., ensayando una escena de la producción «El gran espectáculo»



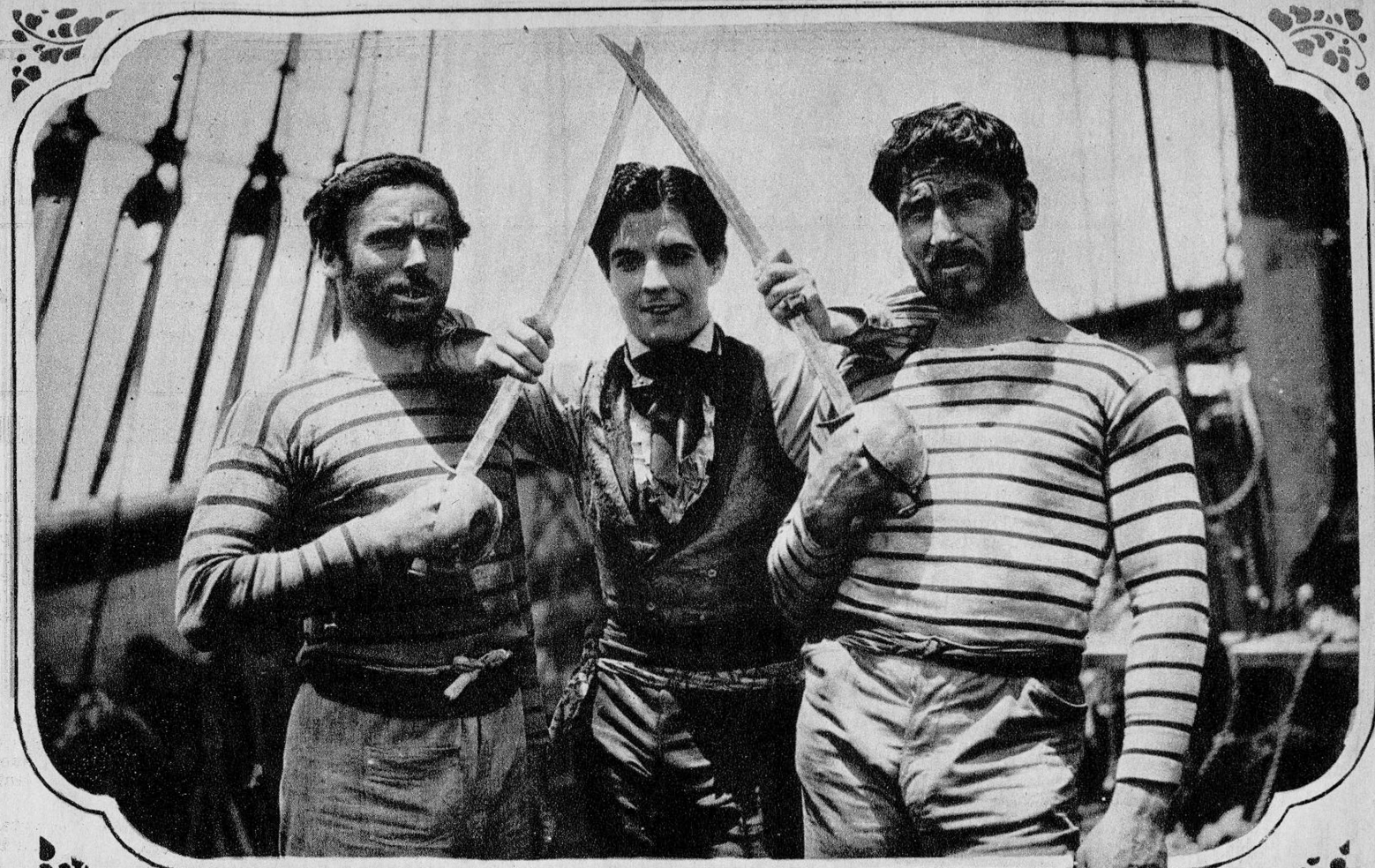
En la superproducción Fox «La luz en la obscuridad» veremos de nuevo al coloso Edmund Lowe junto con Lila Lee



Nuestro compatriota Antonio Moreno dando de comer a la «nina» Patricia Avery, artista que en la próxima temporada debuta con Lillian Gish como principal intérprete en la producción M. C. M. «Annie Laurie»



WILL ROGERS discute con su director, Richard Wallace, la técnica de su próximo film para la First National «El toro Tejano»



HAMON NOVARRO en una escena de un film que rememora las luchas de la armada española con los piratas



Una de las escenas del film M. C. M. «El Demonio y la Carne», producción que obtiene ruidoso éxito



JULIETTE COMPTON, QUE EN «LA DIABLESA», DE SELECCIONES CAPITOLIO, OBTIENE UN RUIDOSO EXITO

EL X ANIVERSARIO DE "LOS ARTISTAS ASOCIADOS"

El martes, 17 de abril, Los Artistas Asociados empezaron su décimo año de operaciones, como compañía distribuidora de películas. El mes de abril ha sido celebrado por la organización de ventas, como el mes aniversario y tres de los fundadores de la Compañía hablaron para cincuenta estaciones de radio americanas, acto que formaba parte de la celebración de dicha fecha. Estos fueron Charles Chaplin, Douglas Fairbanks, y David Wark Griffith, no contribuyendo el cuarto fundador, Mary Pickford a causa de haber sufrido muy recientemente la pérdida de su madre, Mrs. Charlotte Pickford.

La Compañía de Los Artistas Asociados, fué establecida bajo las leyes del Estado de Delaware. Acontecimientos importantes relacionados con personalidades nacionales se han recordado durante los meses anteriores a esta fecha, muchos de los cuales han sido relatados por Mr. Terry Ramseye en el segundo volumen de su historia en dos partes, de la cinematografía, titulada, «Un millón y una noche».

Mr. Ramseye empieza su narración con la formación de la Compañía de Los Artistas Asociados, haciendo notar, que «ahora que los inventores, cameramen, agentes de bolsa, y empresarios, han tomado su lugar en el control de la cinematografía, le toca el turno a los actores». La escena y el lugar donde germinó esta nueva manifestación continua, fué la veranda florida de un «bungalow» de California. El caballero recostado en la veranda era William G. McAdoo, yerno del presidente Wilson, ex secretario del Tesoro, y en aquella época, director general de Ferrocarriles, y más recientemente uno de los principales candidatos para la democrática denominación de presidente de los Estados Unidos, candidatura que fué vencida por la de Alfred E. Smith, en la convención de 1924, celebrada en el viejo Madison Square Garden de Nueva York.

Mr. McAdoo dimitió el 12 de diciembre de 1918 de su cargo de director de Ferrocarriles. El y Douglas Fairbanks, eran buenos amigos y así fué que Mr. Fairbanks dirigió el contingente de celebridades cinematográficas que dieron la bienvenida al director general a su llegada a Los Angeles.

Mr. McAdoo, fué a California donde entonces hubo conferencias, una en la casa de Mr. McAdoo, en Santa Bárbara y otra en la de Douglas Fairbanks, en Beverley Hills, y el resultado de las cuales fué la formación de la Compañía de Los Artistas Asociados, anunciando Mr. McAdoo, desde Los Angeles, que era consejero general de los estrellas, que trabajarían en producciones independientes. En los comienzos de la Compañía, William Hart, el cow-boy es-

La entidad, su historia, sus componentes...

trella, que entonces se hallaba en la cumbre de su fama, participó del trabajo junto con Mary Pickford, Douglas Fairbanks, Charlie Chaplin y David Wark Griffith, y durante la evolución de la Compañía se entablaron relaciones entre William Hart, McAdoo y Oscar Pride, presidente de Los Artistas Asociados en el primer año de su fundación. Con la elección de Hiram Abrams, como presidente, acaecida en abril de 1920, la Compañía empezó sus operaciones nacionales e internacionales. Hasta entonces, sólo habían sido distribuidos cuatro films: «Su majestad el americano», de Douglas Fairbanks, primera película de Los Artistas Asociados, «Pesadillas y supersticiones», del mismo estrella, «Flor de amor», de W. Griffith y «Pollyanna», de Mary Pickford.

Durante los pasados ocho años, Los Artistas Asociados, han establecido noventa y cuatro agencias en cuarenta y cinco países distintos, que abarcan todos los continentes. Han distribuido sólo setenta y cinco películas en los nueve años, de su existencia, lo que da un promedio de una película por persona cada año. Charlie, en este tiempo, ha aparecido en dos comedias, «La quimera del oro» y «El circo» y ha producido una obra seria, «Una mujer de París». Desde el ingreso de Mr. Schenck como miembro del Consejo de directores de Los Artistas Asociados, a más de él se han agregado a los cuatro fundadores: Norma Talmadge, Gloria Swanson y Samuel Goldwyn.

Mr. Ramsaye, dice en su libro, que en abril de 1919 «tocó el turno a los actores», pues la Compañía de Los Artistas Asociados fué establecida por tres estrellas y un productor, Mr. Griffith, y en el décimo año, la supremacía pertenece con gran mayoría, a los artistas Mary Pickford, Norma Talmadge, Gloria Swanson, Charlie Chaplin, Douglas Fairbanks, Jhon Barrymore, Lilliam Gish, Ronald Colman, Vilma Banky Dolores del Río, Corinne Griffith, Buster Keaton, Gilda Gray, Constance Talmadge, son todos estos estrellas de Los Artistas Asociados, en tanto que al lado de David Wark Griffith, sólo se hallan ahora los directores Herber Brenon, Fred Niblo, Henry King, y Edwin Carewe. Los productores están representados por Joseph M. Schenck, Samuel Goldwyn, Morris Gest, Walter Camp, Jr. y Howard Hugues. Mr. Camp, cabeza de

la Inspiration Pictures, cuenta tan sólo 20 años de edad, es presidente de la Caddo Productions, (autores de «Hermanos de armas» y «Angeles del infierno» y que ahora están contratados para hacer «La raqueta», película distribuida por la Paramount e interpretada por Thomas Meigham).

También desde el ascenso de Mr. Schenck, Los Artistas Asociados, han entrado en un campo de exhibiciones, pero en sentido limitado. Fué en mayo de 1926, cuando Joseph M. Schenck, invitó a los periodistas a su hotel de Nueva York, y les manifestó su propósito de establecer una cadena de veinte teatros de Los Artistas Asociados, circuito que en la actualidad se halla ya en operación. La mitad de los intereses del United Artists-Rivoli, de Nueva York, fueron adquiridos el 28 de abril de 1927, así mismo que la propiedad de teatros en Los Angeles, Detroit, Chicago, y otras ciudades importantes.

El año de 1926, fué probablemente en el que más acontecimientos ocurrieron en la historia de Los Artistas Asociados, pues en agosto de aquel año, Rodolfo Valentino, estrella de la Compañía, falleció en el Hospital Policlínico de Nueva York, y en noviembre del mismo año, la Compañía sufrió la pérdida de Hiram Abrams, su presidente durante más de seis años, y en diciembre, Mr. Schenck, anunció que desde aquella fecha la Compañía sería gobernada por un triunvirato, un Comité ejecutivo de tres, cada cual con sus atribuciones independientes. Estos tres hombres, fueron elegidos vicepresidentes entre cuarenta, dándoseles completa autoridad en la conducción de los negocios. Estos son, Arthur W. Kelly, amigo de toda la vida de Charlie Chaplin; Alexander Lichtman, que según declara fué en una época acomodador del teatro Tony Pastor, de la calle 14, y Mr. Muckley, que empezó como administrador de un teatro de St. Louis habiendo estado más tarde encargado del estreno de las producciones de Douglas Fairbanks. En abril de 1927, Joseph M. Schenck, fué elegido presidente de Los Artistas Asociados, para llenar el puesto vacante con la muerte de Hiram Abrams.

El comienzo de los diez años de Los Artistas Asociados, halla a los ocho miembros propietarios, representados por sus producciones. Miss Pickford, en «La pequeña vendedora» que se está proyectando en toda la nación, lo mismo que Norma Talmadge, en «Su mejor caballero», y Gloria Swanson en «Sadie Thompson». «El circo», de Charlie Chaplin; «El gaucho», de Douglas Fairbanks; «Ruidos de amor», de David Wark Griffith; «Dos amantes», de Samuel Goldwyn, y «El jardín del Edén» y «El colegial», de Joseph M. Schenck, se están también exhibiendo, en el mes del aniversario.

ARGUMENTOS DE PELÍCULAS

La madrona de los Sleepings

Adaptación a la pantalla de la novela de Maurice Dekobra.

El príncipe Seliman, inútil, neurasténico, lo que se llama una viltrafa humana, después de divorciarse, leyó un día en un gran rotativo londinense un anuncio que, poco más o menos, decía lo siguiente: «Persona de la aristocracia, desea secretario particular, que hable idiomas; elegante, instruido y de buena presencia».

—¿Por qué no he de ser yo ese secretario, tan apuesto y tan perfecto? —pensó el príncipe, y añadió, como hablando consigo mismo: Esta sería una manera de ocuparme en algo.

El príncipe Seliman tomó su decisión, se presentó en la dirección indicada, donde encontró en un suntuoso gabinete a la bellísima joven, viuda y excéntrica, lady Diana Wynham, más conocida en el mundo elegante por el sobrenombre de «La Madonna de los Sleepings», a causa de su manía por los viajes.

El príncipe cayó en gracia y sus servicios fueron aceptados, recibiendo a un gran modisto que venía, no por ver a lady Diana, sino por poner en regla las facturas que contra ella poseía.

Aquella mañana, los periódicos publicaron una alarmante noticia: «La Rubber Co., de Sumatra, ha hecho suspensión de pagos».

Todo el mundo sabía que una gran parte de la fortuna de lady Diana estaba en acciones de esta Sociedad.

En cuanto esta noticia llegó a oídos de lady Diana, pareció impresionarla un poco, pero se repuso pronto y adoptó el sistema de no dejar traslucir nada de lo que en su interior pasaba. Precisamente, en aquel momento acababan de solicitar su concurso para una fiesta de caridad que daba la duquesa de Souhminster. Iría a la fiesta. Así lo hizo, provocando un escándalo mayúsculo y sirviendo de tema a todas las conversaciones, que naturalmente recaían sobre sus costumbres libertinas, ya que aquel día se presentó casi desnuda en la susodicha fiesta.

En los días que siguieron a estos acontecimientos, lady Diana recordó que en otro tiempo — de ello hacía ya bastante — su marido había obtenido, en los confines de Rusia, una concesión de terrenos petrolíferos. Encargó al príncipe Seliman que hiciera un viaje a Berlín y pidiera la

autorización necesaria para explotar esta concesión.

Seliman fué a Berlín y en esta población se avistó con el delegado ruso Varichkine, quien le dijo:

—No deseo otra cosa que servir a lady Diana y concederle la autorización que me pide, pero adviértala que es ella la que la ha solicitado.

El delegado ruso tenía una amante, llamada Irina, mujer extremadamente celosa. En cuanto supo que lady Diana tenía que hacer un viaje a Berlín para celebrar una entrevista con Varichkine puso en guardia a Seliman.

—Si lady Vynham se atreve a venir aquí, seréis tres los culpables sobre los cuales mi venganza caerá inexorable.

Pero la hermosa lady Diana llegó, como se proponía; celebró su entrevista con el delegado, y en el transcurso de un banquete, al que también asistía Seliman, obtuvo la autorización que deseaba.

En el transcurso de aquel banquete, en el que Varichkine solicitó el

amor de lady Diana, en recompensa al favor que le había hecho, un «maitre de hotel» le trajo una carta. Era de Irina, y en ella le manifestaba, entre otras cosas, que partía inmediatamente para asistir a un congreso donde su presencia era indispensable...

Vanichkine no pudo disimular la contrariedad que esta brusca partida le causaba, y que no presagiaba nada bueno, porque no sabía a qué congreso podía referirse y la comida, que había empezado muy bien, terminó con una honda preocupación entre los comensales. A la mañana siguiente, Seliman se sorprendió al ver entrar a lady Diana en su habitación:

—Acabo de recibir un telegrama —dijo—: el director de la Sociedad que explotará mi concesión ha designado un ingeniero asesor. Este acaba de llegar allá y quiere que mi representante o persona encargada de mis intereses se aviste con él. ¿Quiere usted ir?

Aceptó el príncipe Seliman, y dos horas después estaba en un tren que a todo vapor se dirigía a la concesión. En el vagón - restaurant trabó conocimiento con una joven, llamada Clara, cuyas maneras distinguidas le habían seducido desde el primer momento. Esta, a su vez, sintió por el príncipe una profunda simpatía y después de un día de detención en la frontera le confesó que había embiado emprendido aquel viaje con la única misión de expliarlo.

—Créame usted —dijo la joven—, renuncie a este viaje, que no le proporcionará más que desgracias.

Seliman no la escuchó; prosiguió su camino y llegó a la concesión.

Una vez en el hotel designado previamente por el ingeniero asesor para encontrarse, Seliman rogó al hotelero que le condujera a presencia del delegado que le esperaba.

El hotelero no salía de su asombro. —Aquí no hay ningún viajero con el nombre que usted me indica —declaró.

Después de algunas explicaciones por ambas partes, Seliman comprendió que había sido víctima de una jugareta para atraerle a aquella especie de trampa. La noche siguiente fué la encargada de corroborar su sospecha, puesto que recluido en una prisión, sin más explicaciones.

En su calabozo, conoció Seliman a



ANTONIO CUMELLAS

un joven músico, que, después de sufrir un año de condena, acababa de recibir la agradable noticia de su libertad.

Seliman, que conservaba todavía algún dinero, pidió al músico insistentemente que le ayudara a salir de aquella prisión. Juntos combinaron un plan que, al pensar de ellos, les arrancaría de las uñas de sus carcereros.

El dinero, poderoso caballero, serviría para comprar a los vigilantes, y el músico una vez en libertad, iría al semáforo y lanzaría por T. S. H. repetidas llamadas de socorro. ¿Quién sabe si alguien que comprendiera aquellas señales vendría en su socorro?

Y el músico se fué, por fin, una tarde en que Seliman empezaba a desesperarse y a maldecir hasta la hora en que se metió en aquella empresa, vió que venía hacia él una joven a la que reconoció en seguida; era Irina. Entonces le cayó la venda de los ojos; lo comprendió todo: el telegrama enviado a Berlín a lady Diana, las declaraciones de Clara, su detención... todo formaba parte de un plan de venganza premeditado. No obstante, el músico había triunfado en toda la línea. Los dos guardianes, a la vista del dinero, se dejaron sobornar, y las repetidas llamadas de «SOS» que había lanzado, habían sido recogidas por un yate que cruzaba por aquellos mares.

Una barca, dispuesta de antemano, esperaba en el puerto para conducirlo al yate. No había que perder tiempo. Después de una fuga la mar de accidentada, perseguidos por la guarnición advertida, Seliman y el músico dieron vista al yate.

Llegaron, por fin, y cuál no sería la sorpresa de Seliman al reconocer sobre el puente a lady Diana, que lo recibió llorando de emoción.

Entonces, la hermosa viuda le explicó los motivos de encontrarse allí para salvarle:

—Hacia tiempo que estaba sin noticias, y ya empezaba a inquietarme, cuando una mañana, Clara, se me presentó y me explicó el peligro que usted corría...

Sin esperarle más, me embarqué y di orden de hacer rumbo hacia el puerto más próximo; afortunadamente, mos llegado a tiempo de oír sus insistentes demandas de auxilio. Una vez fuera de todos estos peligros el príncipe Seliman reposaba tranquilamente en Cannes, de sus aventuras y fatigas, pero este reposo no debía durar mucho tiempo. Un día recibió un telegrama de Escocia. Lady Diana le rogaba que fuera allá inmediatamente. Llegó, pues, una mañana al castillo y encontró a lady Diana asustada, desorientada y presa de una enorme ansiedad.

—El delegado que desde hace algunos días estaba conmigo para arreglar las cosas, dijo, ha desaparecido súbitamente. Todavía no tengo la autorización para explotar los terrenos petrolíferos; todo va de mal en

peor. Yo no podré jamás, mi querido Seliman, resignarme a vivir sin fortuna... ¡prefiero la muerte!

Las nubes corrían vertiginosamente por un horizonte plomizo, amontonadas, presagio seguro de la tempestad, que luego estalló con violencia. Varichkine llegó enloquecido por el pánico a casa de lady Diana.

—Irina está en Escocia — dijo — y viene a verla a usted... De esa mujer es preciso temerlo todo...

En efecto; algunas horas después, Irina, que había encontrado todas las puertas abiertas, se presentó en la habitación donde se encontraba lady Diana. Las dos mujeres estaban frente a frente.

—¡Una de las dos sobra! — dijo Irina, crispada de cólera, cegada por los más espantosos celos.

Pero lady Diana no tenía miedo;

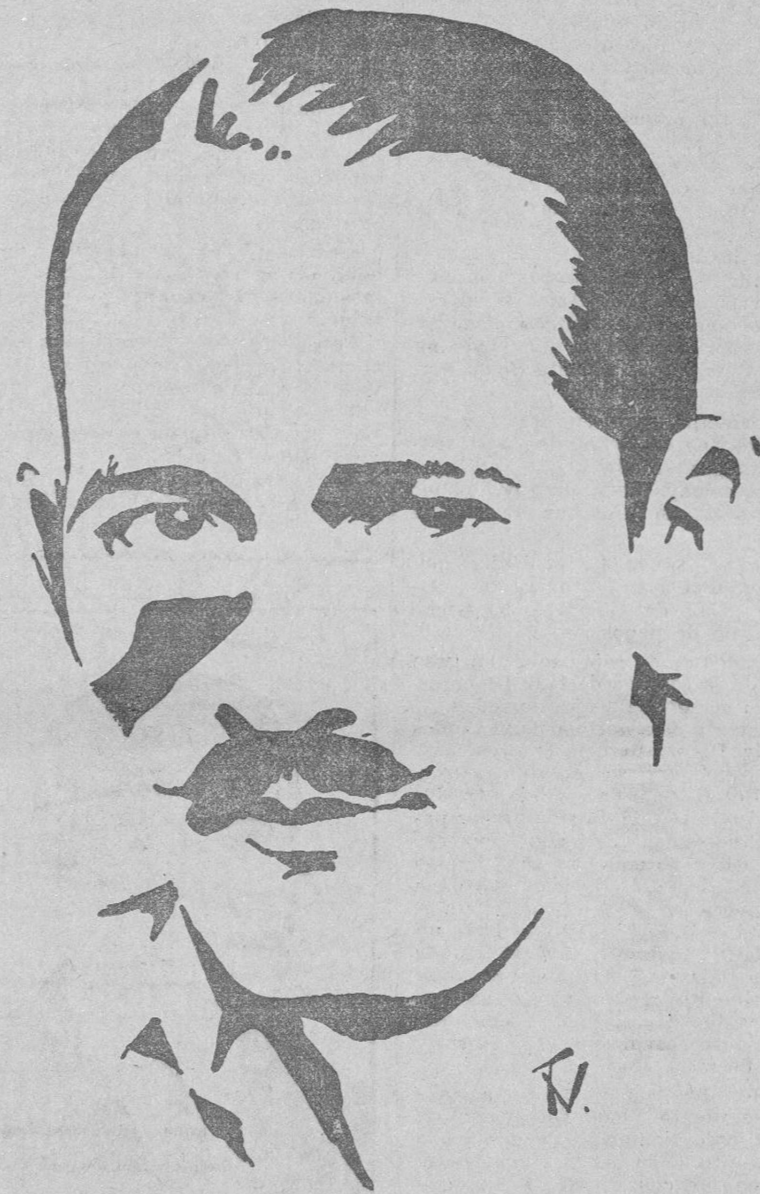
activa, imponente, se acercó a su adversaria.

Irina, con los dientes apretados, esperaba... de su bolsillo sacó un revólver. Lady Diana continuaba...

Entonces, con el rostro contraído por el furor, Irina apuntó a su adversaria.

En el momento en que iba a disparar el arma, un objeto lanzado con fuerza hizo desviar el arma que cayó a tierra... Varichkine, porque era él el que había intervenido, se apoderó del revólver, apuntó a Irina y disparó. Esta cayó mortalmente herida.

Algunas semanas más tarde, en el andén de la estación del Este, una mujer rubia, hermosa y sonriente tomaba el tren... Era lady Diana ¿dónde iba? No lo sabía exactamente... un último adiós a Seliman, y el tren se puso en marcha... «La Madonna de los Sleepings», continuaba sus viajes...



NORMAN KERRY

LAS "ESTRELLAS" EN EL ESTUDIO

Marion Davies y sus interpretaciones

Betty y Warren Moneton, publican en una nueva revista cinematográfica el siguiente interesante artículo sobre la personalidad de Marion Davies:

«El transeunte curioso que se detiene a mirar a través de las verjas de hierro de las puertas de los talleres de Metro-Goldwin-Mayer, columbra, acaso, lisos caminos y verdades que cruzan por entre verdes prados.

Transitando de un lado para otro, cruzándose, corriendo de aquí para allá, verá oficiales de ejército de diferentes naciones del mundo, altivas damas españolas, lores ingleses, grupos de soldados difíciles de clasificar. Percibe allí a Conrad Nagel vestido de general... a Norma Shearer, de campesina alemana.

Esto es todo lo que el transeunte logrará ver de lo que sucede dentro de los talleres, ocultos tras las invulnerables murallas que los rodean. Se contentará con imaginar las escenas que se desarrollan adentro, que en su pensamiento adquirirán vistosos relieves. Creerá oír y ver las potentes luces que se encienden, las cámaras que giran, los gritos de mando, la ofusión; oler la acre pintura del maquillaje y oír y observar a los actores y actrices hablar, reír, fumar, bailar y recrearse. Soñará viendo filmarse dentro de los escenarios las escenas que admira tan ávidamente en el teatro, cuando en su mente miles de incidentes anejos a la vida íntima como transcurrir en el vedado recinto.

Si por medio de algún modo maravilloso pudiera ahora este transeunte obtener acceso al taller, podría entonces seguirnos a nosotros, que convertidos en su cicloron, le guiaríamos a través del laberinto de escenarios y lótes, para conducirlo a donde se ejecutan las escenas en que toman parte las actrices y actores más conocidos.

Nos acercamos a uno de estos escenarios, después de cruzar los jardines que quedan detrás de las oficinas de Administración. A nuestros oídos llega la música de una orquesta. Es una armonía curiosa, algo más espiritual que comercial, como de quien la ejecuta no por llenar las horas para las cuales se ha destinado cierta cantidad de pago sino que para impresionar el alma de quien la escucha. Es una extraña mezcla de transiciones de sonido, en que las notas de «jazz» salen vividas y alegres, dando a entender la clase de película que se filma dentro del escenario.

El sonido de la música nos indujo a penetrar en él, e hicimos irrupción en plena escena, donde King Vidor dirige a Marion Davies y Orville Caldwell, en la película «Patsy», graciosa historia de una familia de la clase media de los Estados Unidos, en que dos hijas están en eterna rivalidad por acapararse los mejores muchachos de la ciudad, y en que la me-

nor, una rubia muy viva, interpretada por Marion Davies, es la que al fin logra arrebatarse el codiciado novio a la hermana mayor.

Por algún tiempo todo lo que pudimos columbrar de la pizpireta Marion fué unos ligeros soplidos de faldas azules y pelo amarillo mientras entraba y salía en escena.

Marion Davies, la rubia de las joyas famosas, de los Rolls-Royce, ensayando pasos de baile y charlando con camaradería con los miembros de la orquesta! Esta sí que es una actriz a quien no se le ha llenado la cabeza de humos y orgullo por su éxito en el cine.

Marion es un ejemplo viviente de despreocupada naturalidad. Su sonrisa inestudiada, sonrisa que es más bien un gestecillo rápido y vivo, acompañado de un leve y gracioso tartamudeo cuando se la coge de improviso o se encuentra apurada para contestar a las preguntas, cautiva e inspira camaradería desde el primer momento.

Estamos persuadidos de que el género de películas en que ha aparecido casi sin excepción es el resultado de su salerosa personalidad. La heroína que interpretó en «El molino rojo» (The Red Mill), «La hermosa colegiala» (The fair co-ed) y «Patsy», son típicas de su naturaleza alegre, despreocupada y simpáticamente caprichosa. En «The Red Mill» nos llama la atención el modo tan fácil como Marion se cambió en una muchacha sencilla y burda de Hoianda para las primeras escenas de esa película. Fué un ejemplo de la despreocupación de Marion, pues en verdad que se veía bien poco cautivadora en la extraña catadura que lucía, con un pelo lacio y las pecas en la cara, personaje que pocas estrellas, celosas de su apariencia física, se hubieran atrevido a interpretar.

Mientras King Vidor ensayaba fragmentos de la acción con el resto del reparto, Marion permaneció cerca de la orquesta, pidiéndoles que tocasen sus piezas de «Jazz» favoritas, tarareando y bailando al son de ellas.

La danza que ejecuta Marion en «Patsy» es realmente hecha por ella en toda su extensión, y no por una doble.

El baile es en realidad una de las locuras de Marion. Se desliza ella con la suave gracia adquirida en los tiempos en que pertenecía a las Follies de Nueva York.

El encanto más perceptible de esta rubia en su «insucianca», su caprichosa despreocupación. Su capacidad espiritual para el placer, o mejor dicho, la alegría inocentona y juvenil, es inagotable. Posée también, de una manera muy marcada, la efusiva cualidad que Elinor Glyn explicó con el nombre de «It» (ello).

Pero, en verdad, Marion Davies es

por naturaleza una comedianta cabal, la actuación cómica en ella sale sin esfuerzo alguno, y parece más bien una continuación de su vida real.

A nuestras preguntas sobre el tipo de película que hace, nos contestó muy campechanamente:

—Pues, si estas son las tramas que me gusta interpretar. Con estas me divierto, y no con esos dramas tan pesados como se me hacía interpretar hace algunos años.

Cuando estaba haciendo «La hermosa colegiala» nos divertimos de lo lindo. Todas las mañanas, aquí en el taller, nos reuníamos y nos mefamos en los automóviles para irnos a filmar las escenas en la Universidad de Pomona. Gozamos mucho con los estudiantes cuando tomaban parte en las escenas.

En mi vida he gozado tanto como cuando filmamos las escenas en que hicimos nuestra aparición en la Universidad en aquella multitud de vehículos estafalarios, en protesta contra la orden del rector que nos había prohibido tener automóviles durante nuestra estadía en la Universidad.

Sí; yo juego «basket-ball» también —contestó a nuestra pregunta sobre la escena en que aparece en esta clase de juego.

—¿Dónde practica usted sus deportes? —le preguntamos.

—Generalmente en mi «chalet» de playa, en Santa Mónica. No dejen de venir ustedes a verme allí alguna tarde; les mostraré la casa. Es una preciosidad; le enseñaré el gimnasio donde mis amigas y yo nos entregamos a los deportes.

Hicimos una nota mental para recordar esta invitación, decididos a aprovecharnos de ella a la primera oportunidad, pues en verdad vale la pena visitar esta casa de Marion, magnífica mansión en el distrito más elegante de la playa, toda de blanco, con volantes verdes en las ventanas.

Muy a menudo, Dorothy Mackaill viene a verme, y pasamos jugando al «tennis» algunas horas; después nos ponemos la ropa de baño y pasamos el resto del día nadando y tendiéndonos por la arena. Dorothy y yo somos locas por los deportes.

Marion Davies es en realidad una chica enérgica y trabajadora. Causa extrañeza el ver que pueda mantenerse tan fresca y juvenil en medio de días contantes de continuo trabajo y de noches dedicadas con gran frecuencia a saraos y comidas. Marion es lo que podríamos llamar el ministro de Relaciones Exteriores de Hollywood. Ella es siempre el centro y cabeza de todos los comités encargados de festejar a los personajes de rumbo y renombre de paso por Hollywood.

Cuando Charles Lindbergh estuvo aquí, antes de su vuelo a México, a Marion cupo el festejarle.